

REVISTA CANTABRO-ASTURIANA.

(CONTINUACION DE LA TERTULIA.)

Número 8.º—20 de Noviembre de 1877.

SUMARIO DEL PRESENTE NÚMERO.

Los Garcilasos.—IV. *El Abnegado*, por D. Angel de los Rios y Rios. —*Versos de Antaño.*—Melodia, por D. Amós de Escalante.—*Gomez Arias ó los moros de las Alpujarras*, III, novela escrita en inglés, por D. Telesforo Trueba y Cosío, (traducida del inglés por D. Adolfo de la Fuente.)—*Confesion*, por D. M. Hache.—*El campo en Asturias*, (continuacion), por D. F. Canella Secades.—*Meyerbeer*, por D. Tomás Fernandez de Castro.—*Nubes*, por D. Albino A. Madrazo.—*Seccion bibliográfica.*

SANTÁNDER.

Imprenta de Solinis y Ciniiano, Arcillero, 1.

1877.

HISTORIA DE CIENCIAS E INDUSTRIAS COETÁNEAS Y DE SUS ÚLTIMOS PROGRESOS.

CRONICON CIENTIFICO POPULAR,
REVISTA Y REPERTORIO PARA TODOS
POR DON EMILIO HUELIN.

BIENIO I.—Segunda edicion corregida y aumentada.

BIENIO II.—En dos tomos, con adiciones hasta fin de 1876, y copiosísima biografía científica.—Cada tomo se vende á 8 pesetas en Madrid y 9 en provincias, franco y certificado, enviando el importe á la Administracion de la GUBERNALDA y EPISODIOS NACIONALES, calle del Barco, 2, Madrid.

TIPOS TRASHUMANANTES.

CROQUIS A PLUMA

POR

DON JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Se halla de venta al precio de 8 rs. en la Administracion de la REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA, guantería de D. Juan Alonso y principales librerías.

Los pedidos de fuera se dirigirán á la Administracion de este periódico, y se servirán siempre que venga acompañado su importe con el aumento de 2 rs.

PÁGINAS SIN NOMBRE.

COLECCION DE POESÍAS

DE

RICARDO OLÁRAN.

Se ha repartido el primer cuaderno de esta publicacion, y á la mayor brevedad saldrá el segundo.

Cada cuaderno consta de 96 páginas en 8.º, y su precio es 2 reales.

Los pedidos se dirigirán al Administrador de la REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA, calle del Arcillero, núm. 1, principal.

HORACIO EN ESPAÑA,

por Don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Se halla de venta en la Administracion de LA REVISTA, y en las principales librerías.

LOS GARCI LASOS.

IV.

EL ABNEGADO.

Decía el buen Fernando del Pulgar, dirigiendo sus *Claros Varones de Castilla* á doña Isabel la Católica y tratando de este Garci Laso, que, para describir las grandes acciones, debían ser castellanos los héroes, y los historiadores, romanos; porque, de cada una de aquellas hazañas proverbiales de los Horacios, Decios, etc., se hallarían en nuestra patria infinitos ejemplares; mas pocos ó ninguno dignamente transmitidos á la posteridad. Algo habría que decir sobre esto; y, por nuestro gusto, preferimos los toscos romances del Cid á una pulida imitación de la Iliada; teniendo en más ser siempre españoles, que descendientes de troyanos, ó cualquiera otra gente. Pero reconociendo el hecho de nuestra altiva indolencia para ensalzar nuestras cosas, diremos, con Pulgar, que celebrado fué el hecho de Horacio Coclés, defendiendo la puente Sublicia contra todo un ejército, mientras la cortaban detrás; pero no menos héroe fué el Garci Laso, que reunió á la valentía y serenidad de Coclés la abnegación de Decio, por lo que le llamaremos el *Abnegado*, para distinguirlo de tantos otros Garci Lasos dignos de memoria. También pudo hacerla Pulgar de Ruy Díaz Gaona, defensor del puente de Logroño, y acaso no se necesita hacer, por tan notoria, de Diego García de Paredes, en el del Garellano; pero una ventaja, ya hereditaria, lleva Garci Laso á estos y al romano Coclés, que fué á morir, sin volver las espaldas.

Pulgar, asaz lacónico en sus biografías, apenas dice de este Garci Laso sino que era muy *esencial*: largo en obras, corto en palabras, y que murió «ofreciendo su vida por la salud de los suyos»; porque viéndolos perderse huyendo de los moros, volvió atrás y tomó un paso estrecho don-

de peleó hasta morir tanto espacio, que les dió tiempo para salvarse. Pondera tambien su serenidad y lo certero de sus golpes en las más recias lides. Pero el Cancionero m. s. de Gomez Manrique, Corregidor de Toledo, tio del conocido poeta Jorge Manrique, da algunos otros pormenores. Parece era nuestro héroe sobrino del marqués de Santillana y caballero de Santiago, distinguido y amado de su Maestre, que en aquel mismo sitio donde murió peleando le habia armado caballero, por sus proezas en otra lid anterior. Si se hubiera de tomar al pié de la letra la indicacion de que descendia del que pasó primero el Salado, creeriamos que fué biznieto de Gonzalo Ruiz de la Vega, y que, por haberse extinguido la varonía en la línea primogénita de los Garci Lasos, usó este nombre y apellido de la Vega la rama de Gonzalo Ruiz. En este supuesto, bien pudiera ser este Garci Laso padre del embajador y abuelo del poeta, que ambos fueron tambien de la orden de Santiago; pero el apellido Figueroa, usado por el hermano del embajador, indica más bien descendencia del marqués D. Iñigo Lopez de Mendoza; ó de su hermana doña Elvira Laso, casada á trueco de doña Catalina de Figueroa, mujer del marqués, con Gomez Suarez de Figueroa, primer señor de Fesia, y hermano de doña Catalina.

El sitio de esta accion heróica debió ser en las cercanías de Baza; pues no sabemos de otro territorio, en el reino moro de Granada, que se llame *la Hoya*, como le titulan las octavas de arte mayor en que Manrique describe el suceso; (sino es que quiso dar este nombre á la vega de Granada, como indica llamarle el lugar mayor de tierra de moros.) Trasladamos algunas, aunque son más curiosas que modelos de poesia. En ellas aparece que Garci Laso tal vez no muriera, si, por combatir mejor, no llevase descubiertas la boca y garganta, pues volvieron luego, acaso reforzados, ó ya puestos en orden, sus compañeros á recoger el cadáver, evitando las ignominias que acostumbraban y aun acostumbran los moros con sus enemigos muertos. ¡Lástima que aquella honrosa vergüenza no se manifestara antes!

«*Definicion del noble caballero Garci Laso de la Vega.*

»A veinte un dias del noveno mes,
El año de cinco, despues de cincuenta;
E cuatro centenas poniendo en la cuenta,

E nueve centenas, é una despues,
Estando bien cerca del lugar que és
Mayor, de la Foya de tierra de moros,
En nuestras, ví, gentes sospiros é lloros;
E ví los contrarios facer al revés.

Allí era el llanto con sangre mezclado,
Lágrimas iban, con lanzas, echadas;
Allí los gemidos é las cuchilladas
Facian un son muy desacordado;
Allí por sacar el cuerpo finado,
Avía ruido, é tan espantoso,
Que ninguno era tan poco medroso
Que non estubiese asaz demudado.

Lloraban, plañian, parientes, hermanos,
Por ser así muerto, por un ballestero,
Aquel esforzado gentil caballero
Que otro mejor no fué, por sus manos;
La contra facian los perros paganos,
De los cuales era su lanza temida:
A muchos, con ella, tirando la vida,
E otros dejando con cuerpos mal sanos.

Oyendo lo cual, con gran turbacion
Teniendo en el campo quien bien me doliese,
Sufrirlo no pude que presto no fuese
A saber quién era aquel buen varon,
Por quien se facia tal lamentacion;
Lo cual pregunté á uno muy paso;
Llorando me dijo: «est'es Garci Laso;
Matóle saeta, por gran ocasion.» (1)

Est'es aquel que sangre facia,
Primero que nadie, en los enemigos;
Est'es aquel que, por sus amigos,
La vida é hacienda de grado ponía;
Est'es aquel que tanto valía
Que nunca, por cierto, morir se debiera.
Murió por gran falta de una babera,
Que, por ir más suelto, traer no quería.

Este jamás perdió su reposo
Por grandes peligros, nin fuertes temores,
Antes en priesas é miedos mayores,
Allí se mostraba menos temeroso.
Este fué tanto, en armas, dichoso
Que no lo fué mas el fijo mayor
Del buen Rey troyano, nin su matador,

(1) Casualidad.

Por mucho que Homero le pinte dichoso.

Est'es aquel mancebo, nombrado,
Que non fué Troylo, en su tiempo, mas;
Est'es aquel que nunca jamás
Fué visto vencido, magüer que sobrado;
Este, sin duda, há bien demostrado,
En cuantas peleas é casos se vió,
Venir del linage de aquel que pasó,
Con tanto peligro, primero el Salado.

Aqueste que vedes aquí, muerto ya,
Por quien esta gente tan fuerte se clama,
Aquí comenzó la su buena fama,
La cual, mucho tarde, ó nunca morrá.
En aqueste mismo lugar donde está
Le armó caballero, en una gran lid,
Rodrigo Manrique, el segundo Cid,
A quien de su muerte mucho pesará.

Este, muriendo al Rey fizo pago;
Pues que delante sus ojos fué muerto,
Su órden, muy bien guardando, por cierto,
De nuestro Patron Señor Santiago;
Faciendo en los moros non menós estrago
Que los descendientes, en sí, de Cadino;
Mostrando ser bien, sin duda, sobrino
Del noble Marqués Señor de Buitrago.»

No atinamos qué Cadino es el nombrado por Manrique, si no aludiese á la fábula de Cadmo, (leyendo mal este nombre) que, sembrando los dientes de la serpiente Pithon, nacieron soldados y se mataron unos á otros. Pero el Marqués Señor de Buitrago era indudablemente el de Santillana, D. Iñigo Lopez de Mendoza, que vivió hasta 1458: Señor de Hita y Buitrago por línea paterna, cuando menos desde su abuelo Pedro Gonzalez de Mendoza, de quien cantó el romance sobre la batalla de Aljubarrota:

«Así dijo el montañés,
Señor de Fita y Buitrago,
Al Rey D. Juan el Primero;
Y entróse á morir lidiando.»

ANGEL DE LOS RÍOS Y RÍOS.

VERSOS DE ANTAÑO.

MELODÍA.

No es el dormido lago que refleja
sobre terso cristal limpios celajes,
cual te fingió la ardiente fantasía
del alma tuya imágen.
Esas ondas que, apenas conmovidas
al manso vuelo de la brisa errante,
en el lecho de flores guarnecido
de sus riberas yacen;
esas ondas que copian transparentes
la sombra de los olmos seculares
y cariñosas besan suspirando
las hojas de los sauces;
esas aguas que roza en anchos giros
por verse en ellas retratada el ave
y al resplandor del día centellean
entre los verdes árboles,
del viento al polvoroso torbellino,
que airado cruza de la sierra al valle,
su misteriosa transparencia acaso
súbito ven turbarse,
ó de su oscuro fondo removido
se alzan hirviendo ocultos cenagales
cuando nublado tronador de otoño
en lluvia se deshace.
Tal vez recia tormenta las sacude
y por los campos fértiles se esparcen
anegando entre férvidas espumas
las flores de su márgen.
No así tu ardiente corazón se agita

del proceloso mundo en los combates,
no así su vírgen transparencia turba
la hiel de los pesares.
Mas, ¿ves la blanca estrella solitaria,
lucero misterioso de la tarde,
que entre el vapor incierto del crepúsculo
tímida luz esparce?
esa, del alma apasionada y pura
es, ¡oh flor de los trópicos! imagen
sobre la tierra ruda derramando
sus resplandores suaves.
Del pantano en las aguas cenagosas
y de la limpia fuente en los raudales,
igual, sereno y sin mancilla, viene
su rayo á reflejarse,
y al cielo llama los inquietos ojos
que el infortunio ó el pesar distraen,
y en pos de una mirada, al cielo envía
el corazon sus ayes.

AMÓS DE ESCALANTE.

GOMEZ ARIAS Ó LOS MOROS DE LAS ALPUJARRAS.

III.

Cada uno de ellos mientes tiene al so,
abrazan los escudos delante los corazones;
abaxan las lanzas abueltas con los pendones;
enclinan las caras sobre los arzones:
batienlos caballos con los espolones,
tembrar quierie la tierra dod eran movedores.

FORMA DEL CID.

Amaneció el siguiente día, y las avenidas del circo se vieron invadidas por los vecinos de Granada y sus innumerables huéspedes. Todos estaban ansiosos de presenciar un espectáculo que se esperaba había de sobrepasar en magnificencia á cuantos de aquella clase habían visto. Fuera de los muros de la ciudad, se había preparado un espacioso terreno, completamente llano y desembarazado de todo estorbo, para que tuviesen en él lugar los varios juegos de fuerza, de valor y de destreza, en que consistían las justas; y se había construido una galería provisional, que se extendía por ambos lados de un extremo á otro de la liza. En el testero más próximo á la ciudad se levantó un castillete de madera, construido con el mayor esmero, pintado para que figurase un edificio de piedra, y de bastante capacidad para contener cierto número de guerreros. En la torrecilla central del castillo flotaba una gran bandera, blasonada con una cruz roja, festonada de oro, como escudo de la Orden de Calatrava, cuyo gran Maestre era el *Mantenedor* de las justas. Flameaban al rededor de aquellas otras banderas de menor tamaño, que pertenecían á los cuatro justadores que voluntariamente se habían ofrecido á secundar al Mantenedor, y que estaban, á la vez que él, obligados á aceptar el reto de todos los caballeros que quisieran romper con ellos lanzas. A cada lado del castillo se elevaban dos tiendas, y delante de cada una

estaba colocado el pendon y el escudo del caballero á quien pertenecía, y á su puerta permanecía un escudero pronto á transmitir las demandas de los que se presentasen. Enfrente del castillo y al otro extremo del circo se habia levantado un espacioso y magnífico pabellon, adornado con pendoncillos y con un gran número de ingeniosos escudos heráldicos, bordados hábilmente de oro y plata sobre brocado de verde seda. Delante estaban colocados, en artificiosos grupos, espadas, lanzas y broqueles, y toda clase de armaduras, como símbolos del objeto á que estaba destinado el pabellon, dispuesto exclusivamente para el uso de los caballeros que desearan entrar en liza contra el Mantenedor ó cualquiera de sus sostenedores. En el centro de la galería á la derecha del castillo se habia construido una plataforma para la Reina y su acompañamiento. Estaba cubierta de paño de escarlata, y sobre ella se estendía un rico dosel de brocado de púrpura, encima del que se veían lucir las armas unidas de Castilla y Aragon en un escudo de oro abrigado. Ocupaban el espacio de la plataforma las damas de honor y otras señoras de la grandeza, y varios nobles caballeros de la Corte. Al frente del sitio que correspondía á la Reina se veían los jueces del torneo, á quienes tocaba decidir sobre el mérito de los competidores y adjudicar los premios. Los demás sitios, á uno y otro lado del trono, estaban destinados á varios individuos de la nobleza y gente principal de Granada, mientras que las dos alas de esta galería y toda la del frente pertenecían al público, sin otro derecho de preferencia que el del primero que los ocupase.

De pronto las ponderosas campanas de la catedral llenaron el aire con sus sonidos, y las bandas militares, situadas en el circo, rompieron en alegres y animadas tocatas en señal de la llegada de la Reina.

A poco apareció ésta rodeada de un numeroso séquito, y fué aclamada con entusiasmo por la multitud, cuyo gozo á la vista de su amada soberana, sólo podia compararse con el placer que la inspiraba la perspectiva del torneo.

Doña Isabel se presentó suntuosamente ataviada con un rico traje de terciopelo carmesí, adornado con perlas. Una delicada y costosa banda del más fino encage, prendida en la parte posterior de la cabeza, cubría con sus graciosos pliegues su hermoso cuello y torneados hombros. En esta espléndida toquilla aparecían bordados con hilos de oro leones y castillos y otros atributos de las armas de España. La Reina lucía también las cruces de las órdenes de Santiago y Calatrava, profusamente incrustadas de diamantes y preciosas piedras de inmenso valor.

Desde aquel momento ofreció el circo el aspecto más deslumbrante y grandioso. En una parte se veía desplegado todo el esplendor de la Corte; y la centelleante pedrería y los lujosos atavíos y las ondulantes plumas indicaban el sitio en donde estaban reunidas la ilustre alcurnia y la belleza de España, con todo el esplendor de su gloria y su magnificencia. Sin duda alguna que hacia esta parte del circo se dirigía más particularmente la atención, porque siempre en aquellos espectáculos, en que iba á hacerse alarde de marcial destreza, el interés se fijaba en las damas, por cuya sonrisa se rompían lanzas y se hendían yelmos. No disminuía el sentimiento de entusiasmo, que inspiraba la contemplación de esta escena, el aspecto de la galería opuesta que, aunque en más humilde escala, contribuía, sin embargo, con lo vistoso y alegre de sus trajes y la expresiva animación que demostraba, al efecto general del conjunto. La ostentosa exhibición de las armaduras de gala, el rico plumage que se mecía sobre las cimbras, el brillo de los escudos y de los bruñidos coseletes, el relinchar de los fogosos bridones, que caracoleaban por la arena, y los aires marciales que con sus armoniosos ecos poblaban por intervalos el espacio, escitaban poderosamente la imaginación y disponían el ánimo para los altos hechos de la caballería y de las armas.

Un toque de clarines y trompetas anunció que el torneo iba á dar principio. En pocos momentos despejaron la arena los que por ella discurrían, escepto los heraldos, que, espléndidamente ataviados con trajes de carmesí y oro, y precedidos de los clarines, se adelantaron á los cuatro ángulos de la liza á pregonar el reto. Formulado éste según las reglas de la caballería sería supérfluo transcribirle aquí. Su sentido era que el Mantenedor y sus cuatro campeones Don Manuel Ponce de Leon, el Alcayde de los Donceles, el conde de Cifuentes y Don Antonio de Leiva invitaban á romper con ellos lanzas á cualesquiera caballeros que quisieran disputarles la posesión de la liza. Tan pronto como terminó el pregon, los heraldos se retiraron á sus puestos; sonaron de nuevo las trompetas, se abrieron de par en par las puertas del castillo y los cinco caballeros se lanzaron á la arena.

No era dable sobrepujar la riqueza de sus arneses, la brillantez de sus armaduras, ni la gallardía de su continente. El gran Maestre vestía una magnífica armadura de acero, cuyo coselete estaba abrigado con plata, y todas las piezas con adornos incrustados del mismo metal. Sobre la armadura llevaba una dalmática de blanco terciopelo, que era el color que había adoptado. En su escudo, sobre campo de plata, sobresalía la cruz roja de Calatrava, que lucía también

en su pecho, con el siguiente mote al rededor.—*Por Esta y por mi Rey.*

Don Manuel Ponce de Leon, llamaba en segundo lugar la atencion de los espectadores. Su armadura era igual á la del *Mantenedor*, escepto la ropa que era de terciopelo carmesí. En su ancho escudo llevaba por blason las barras de las armas aragonesas concedidas á sus ilustres antepasados por los reyes de aquel país; y además cuartelado sobre ellas un leon rampante en campo de plata, cuya divisa, segun la tradicion, habia sido adoptada por el famoso troyano Hector, de quien los antiguos cronistas franceses aseguraban que descendian los Ponce de Leon. Debajo de las armas se leía en letras encarnadas el siguiente lema:—*Soy como mi nombre.*

Las armaduras de los otros guerreros eran parecidas á la del Mantenedor; la sola diferencia ostensible consistia en el color de la ropa y en la diversa divisa que ostentaba cada uno en su broquel, ya como indicadora de sus sentimientos, ya tomada de los atributos heráldicos de su familia. El color de los fogosos corceles de los cinco caballeros era blanco como la nieve; y no podia darse nada mas hermoso que sus gallardas proporciones y la magnificencia de sus arreos. Herian el suelo con inquieto pié, y saltaba de su boca blanca espuma á los impacientes movimientos que les ocasionaba la sujecion á que se sometia su fiereza. Estaban cubiertos con largas gualdrapas de costoso brocado, bordadas con oro ó plata, segun el color del traje de su ginete, y sus crines y colas adornadas con lazos de vistosas cintas.

Los cinco caballeros avanzaron al paso hasta llegar al frente del sitial de la Reina, y allí hicieron á la vez doblar las rodillas á sus caballos; y despues de haber saludado con cortés ademan, bajando sus lanzas, recorrieron el circo caracoleando, como si tomasen de él posesion. Despues de varias evoluciones, durante las que se hicieron oir los acordes de la música, se dirigieron al centro de la arena, páraeron en firme, arrojaron uno de sus guantes al suelo, y se retiraron al castillo en el mismo orden en que habian salido de él. Sonaron de nuevo las trompetas é inmediatamente un grupo de apuestos caballeros penetró galopando en la liza, ansiosos todos de recoger aquellas prendas del reto. Los que no lo lograron se retiraron inmediatamente, y los cinco caballeros que tuvieron mejor fortuna, se colocaron enfrente del pabellon. Lucían estos campeones cotas españolas de fina malla, con abillantado peto incrustado de oro; y sus ágiles caballos berberiscos, de pelo negro como el ala del cuervo, parecia que habian sido elegidos para contrastar con

los de los mantenedores. Los cascos de los caballeros casi desaparecían bajo espesas garrotas de plumas blancas y encarnadas. El jefe de tan apuesta banda rehusó descubrir su nombre, por más que fuese conocido de sus cuatro compañeros, que le garantizaron unánimes. Sin embargo por el singular valor y destreza que demostró después el incógnito caballero, creyeron todos reconocer en él al renombrado Gonzalo de Córdoba, que en un raptó de cólera irreflexiva se había retirado de la Corte, y perdido la gracia de la Reina. Los otros cuatro caballeros se reconocían fácilmente por sus divisas y colores. Entre ellos el que más se distinguía era el jóven Don Pedro, hijo de Don Alonso de Aguilar. Se había comprometido en un lance mayor de lo que sus juveniles fuerzas consentían, é inspiraba general interés, tanto por sí mismo como por la consideración de su ilustre padre. Ostentaba en su escudo un águila de oro, emblema de su nombre, elevándose al cielo y sujetando entre sus garras el cadáver de un Moro. Debajo se leía el siguiente lema:

«Le subiré hasta el cielo
porque dé mayor caída.»

Este escudo pertenecía al mismo Don Alonso de Aguilar, que se vió no ménos satisfecho que sorprendido de que su hijo hubiese elegido semejante divisa en aquella ocasión. Pero todos aplaudieron en el jóven Don Pedro aquella manifestación del odio inextinguible á los enemigos de su patria, que venía heredado de sus antepasados, cuyo pensamiento había ocupado siempre, aún en medio de los juegos y de las distracciones. Al lado de Don Pedro cabalgaba Garcilaso de la Vega, orgulloso de mostrar el bronceado escudo, que había heredado de su padre, en el que se destacaba la sangrienta cabeza de un moro, pendiente de la cola de un caballo negro, y á su alrededor las siguientes palabras—*Ave María*:—divisa que los Garcilasos ostentan, en conmemoración del combate singular que uno de su linage sostuvo contra el forzudo moro Audala, que con insolente impiedad y en señal de desprecio, ató la santa salutación á la Virgen en la cola de su caballo. Los otros dos campeones eran el Conde de Ureña y el jóven Sayavedra, ambos tenidos, en aquella época de caballerosas acciones, por bravos y apuestos caballeros.

Se dirigieron seguidamente al castillo, y después de la ceremonia de golpear dos veces en el broquel que estaba colocado á su frente, y haber determinado cada uno la tienda de su competidor, se retiraron al extremo opuesto. Los cinco mantenedores se presentaron inmediatamente y desde luego pudo anunciarse que iba á tener lugar un reñido encuentro.

Sin duda alguna que sería difícil escoger en toda España diez caballeros más valientes; y su reconocida destreza era garantía para los espectadores de que iban á presenciar hechos fuera de lo comun en tales casos.

Dada la señal partieron impetuosamente; pero tal era su habilidad en la equitacion y tan amaestrados y dóciles sus corceles, que todos ellos llegaron al mismo tiempo al centro de la liza, cerrando en el encuentro tan simultáneamente, que su espantoso estrépito se oyó como si hubiese sido el efecto de un sólo y tremendo choque. Las lanzas se partieron por el mismo puño, pero los caballeros volvieron á sus puestos en medio de los ruidosos aplausos de la multitud. De nuevo se lanzaron con la rapidéz del viento, y de nuevo se encontraron con la misma precision, pero no con el mismo resultado; por que en este encuentro se consideró la victoria de parte de los mantenedores. Los dos jefes tan sólo no sufrieron daño; sus lanzas saltaron en pedazos como anteriormente, pero ellos permanecieron firmes y enhiestos en las sillas. No así los demás: el jóven Don Pedro no pudo contrarrestar la superior fuerza de la edad viril de Ponce de Leon; Garcilaso fué desmontado por Don Antonio de Leiva; y los otros dos sufrieron graves percances del Alcayde y del conde de Cifuentes.

Las aclamaciones de los espectadores y los acordes de las músicas proclamaron la victoria del Mantenedor y de sus sostenedores, que se retiraron al castillo con su buena fortuna, dispuestos á hacer frente á todos los demás aventureros que se presentasen. El jefe del vencido bando, que tan honrosamente habia disputado el campo al gran Maestre, manifestó el propósito de sostener con él un combate singular; pero se opuso á este deseo el director de las justas, que declaró que se habia entrado en liza bajo las condiciones del cartel, y no podia por tanto, con sujecion á las leyes del torneo, batirse segunda vez con el mismo caballero en aquel día. Se sometió el caso á los jueces, que le decidieron en contra de la demanda, y en su consecuencia se vió aquel obligado á desistir de su empeño.

Grande fué la satisfaccion del *Mantenedor* y sus asociados, que, vencidos los caballeros mas temibles, se imaginaban arrogantes que cualesquiera otros que se presentarán les proporcionarian fácil victoria. Ciertamente que ésta opinion era la general, tanto más cuanto que pasaba el tiempo sin que caballero alguno se presentase en la liza á disputarles el triunfo.

Don Pedro profundamente mortificado montó de nuevo en un fuerte caballo, se dirigió al castillo y retó al mismo *Man-*

tenedor. Don Alonso de Aguilar vió con placer y al mismo tiempo con pena el noble arranque de su hijo; porque si bien se regocijaba al verle dotado de tan indomable valor, temblaba á la vez por las consecuencias de su temeridad.

Sonó el tímpano dos veces, el gran Maestre se presentó y quedó sorprendido de la presuncion del jóven aventurero. Ocuparon sus puestos; dieron la señal las trompetas, se lanzaron al encuentro los campeones y en este primer choque tan igual fué la ventaja, que el circo todo estalló en aclamaciones entusiastas. Sin duda alguna que fué este el encuentro más importante; y todos esperaban el siguiente con ansiosa espectacion. Las damas con especialidad, inclinadas siempre en favor de la juventud, cuando ésta arrostra la superior fuerza de la edad viril, agitaban sus pañuelos y bandadas para animar al jóven caballero, cuyo espíritu en verdad no necesitaba de semejantes estímulos. No fué este tan afortunado en el segundo encuentro; porque el *Mantenedor*, celoso de su fama, comprometida contra un jóven, se condujo con mayor cuidado y llamó en su auxilio toda la fuerza y toda la destreza de que era capáz. Don Pedro no pudo contrarrestar el choque; la lanza saltó de su mano sin romperse y se vió obligado á abandonar honrosamente el campo que continuó en poder de los sostenedores.

Sonaron en el castillo los écos de los clarines en señal del triunfo y de nuevo reto, mientras que en el pabellon, ningún caballero manifestó deseos de renovar el combate. Pasó así largo rato, y los heraldos, segun la costumbre, volvieron á llamar á la lid sin que ningún caballero compareciera. Trascurrieron aún otros diez minutos y publicaron un segundo pregon, sin que tuviese contestacion tampoco. Ya se consideraba indudable el triunfo del *Mantenedor*, y los heraldos se disponian á dar el tercero y último pregon, cuando se vió que un caballero se dirigía á toda rienda hácia el circo, y, despues de golpear violentamente en la barrera, para que se la abriesen, se encaminó sin mas ceremonia hacia el castillo. Los reyes de armas le salieron al paso por que nadie podía entrar en la liza con los mantenedores, sin que previamente manifestase su nombre y sus títulos, ó por lo menos presentase una persona conocida que atestiguara que era un leal y verdadero caballero.

El incógnito se vió por tanto obligado á detenerse; pero haciendo una seña al heraldo para que no publicase el tercer pregon, cabalgó hacia Don Pedro, y separandole á un lado, conferenció en secreto con él. El jóven Aguilar se adelantó inmediatamente con señaladas muestras de sorpresa y de satisfaccion y garantizó á su nuevo compañero. Esta cir-

cunstancia, no menos que la apostura del campeón desconocido, produjeron viva curiosidad é interés. Iba éste completamente cubierto por una armadura de acero pavonado, sobre la que llevaba una corta dalmática de terciopelo negro, suntuosamente bordada de oro. En su brillante yelmo lucía gran profusión de plumas negras y blancas, y en su lanza flameaba un pendoncillo de iguales colores. Cubría su pecho un ponderoso escudo, sin divisa alguna y con este solo lema: «*Conocelle por sus fechos.*» No traía consigo ni escudero, ni page, y toda su persona parecía rodeada de tal aire de misterio, que esto contribuía á aumentar el interés que su inesperada aparición había desde luego producido.

Se lanzó con tan desatentada carrera hacia el castillo, que dió lugar á creer que se había desbocado su caballo y que el jinete corría peligro de estrellarse contra el muro. Un espontáneo grito de terror salió de todas las bocas; cuando el incógnito caballero, próximo ya á chocar contra la valla y á la distancia de dos pies escasos, recogió de pronto las riendas, y paró su caballo en firme, como si hubiese echado raíces en el suelo. Un grito de admiración sustituyó al del espanto que había ocasionado su precipitada carrera, y todos se perdieron en conjeturas sobre el incógnito caballero. La noble arrogancia del lema «*Conocelle por sus fechos*» hizo dar mayor importancia al acto que acababa de ejecutar. Se dirigió al broquel y le hirió con fuertes y prolongados golpes, y vibrando su lanza en frente del castillo y de cada una de las tiendas, manifestó así su deseo de combatir con todos. Acto tan atrevido produjo una nueva salva de aplausos, y sorprendidos los mantenedores se presentaron en el exterior del castillo, con aire de duda á la vez que de lastimado orgullo. El incógnito caballero dió vuelta á su caballo, y se retiró á esperar que se preparase el Mantenedor, á quien por razón de su carácter correspondía batirse el primero. Los acordes de las trompetas dieron la señal, y los campeones partieron uno contra otro con velocidad extrema. El choque fué tremendo, saltaron rotas las lanzas, y doblaron las corbas los poderosos corceles á la repercusión del golpe. Tomaron los combatientes nuevas lanzas y se apercibieron para un segundo encuentro; pero el caballo del Mantenedor, ya por efecto de un espanto ó cualquiera otra causa, se apartó de pronto de la línea al medio de la carrera, y el jinete, perdida la dirección del golpe, hubiese proporcionado fácil victoria á su antagonista, si este, rehusando generosamente la ventaja del acaso, no hubiese esquivado el encuentro y dando media vuelta dirigiéndose á su puesto para esperar á que el Mantenedor se recobrase. Este último correspondiendo á su

vez á la cortés accion de su adversario, desistió de un segundo encuentro y se retiró al castillo.

Avanzó en seguida D. Manuel Ponce de Leon, contento de la ocasion, que le proporcionaba la suerte, de recoger los laureles á que habia renunciado el adalid. Este caballero, en opinion de muchos, era el más temible de los cinco. Los frecuentes combates singulares, que habia sostenido con los Moros, y otros notables hechos de armas le habian alcanzado una gran reputacion. Se presentó en la liza tan seguro de su fuerza, como confiado en el triunfo. En el primer choque, se observó en su favor una pequeña ventaja porque, habiendo conseguido dar de lleno con el hierro de su lanza en el peto del contrario, se vió bambolear en la silla al desconocido, mientras que D. Manuel permaneció inmóvil como una roca; sin embargo no pudiendo este golpe considerarse como ventaja decisiva los dos campeones se prepararon á un segundo lance. De nuevo los ligeros corceles volaron sobre la arena y de nuevo se encontraron los combatientes en terrible choque. Este fué desgraciado para Ponce de Leon, que sufrió tan grave caída, que si no hubiese sido por el fino temple de su armadura, la reyna hubiese perdido uno de sus mas apuestos guerreros. Fue el caso, que rotas las cinchas de la silla, y no pudiendo el caballo contrarrestar la violencia del encuentro, retrocedió bamboleándose y rodó al cabo por tierra, arrastrando á su jinete en tan tremenda caída. Ponce de Leon se levantó con mucha dificultad, porque habia recibido una dolorosa contusion y fué retirado á espaldas del castillo, presentándose en el acto el Alcayde de los Donceles, ganoso de vengar la desgracia de su compañero. Ofreció sin embargo débil resistencia, porque el campeón desconocido parecia adquirir nuevas fuerzas á cada encuentro. Más débil fué aún la que pudo oponerle el Conde de Cifuentes: con tal habilidad fué desmontado por su antagonista, que pareció de pronto que ensartado en la punta de la lanza le depositaba en el suelo. Las aclamaciones de los espectadores, y los acordes de las músicas se reproducian á cada una de estas pruebas de fuerza y de maestría, y el triunfo del caballero incognito fué considerado como seguro. Sólo le faltaba ya combatir con el más jóven y, segun comun opinion, con el menos renombrado de los sostenedores. El jóven Don Antonio de Leiva, sin embargo, con el marcial y atrevido porte, que tanto le distinguíó mas adelante, demostró cuán poco le intimidaba la repetida y extraordinaria fortuna del valeroso campeón.

Sonaron las trompetas, se enristraron las lanzas, partieron los caballos, y en medio de un profundo silencio se oyó el espantoso estrépito del choque. Pasó el momento de angus-

tia y se convirtió en alborozado tumulto de placer y de admiración. Los campeones, aunque tan desiguales en apariencia, se manifestaron perfectamente iguales: ambas lanzas saltaron al aire en trozos, y el tremendo choque, que los combatientes habían resistido, no parecía que había producido otro efecto que detener á los caballos en su impetuosa carrera. Los caballeros volvieron inmediatamente á sus puestos. Se dió de nuevo la señal y de nuevo partieron con la velocidad de la flecha; rompiéronse de nuevo las lanzas y los caballos regularon á la violencia del choque. La sorpresa y la alegría agitaron el pecho de los espectadores, se hizo lugar la esperanza en los abatidos ánimos del Mantenedor y sus compañeros del castillo, y la desesperación y la rabia se apoderaron del corazón del incógnito caballero. Hizo un movimiento de violenta cólera al empuñar la nueva lanza que le presentaron, la vibró en el aire como para asegurarse de su consistencia; y dando la vuelta con su caballo, pareció resuelto á poner fin á las esperanzas de su adversario en el siguiente encuentro. Con desesperada carrera se lanzó, inclinado el cuerpo adelante, contra su contendiente, que, previendo el furioso ataque que necesitaba sostener, reunió todas sus fuerzas para oponerle una resistencia proporcionada. El incógnito, casi tendido sobre su caballo, eligió por blanco resueltamente el pecho de su antagonista, mientras Don Antonio, que adivinó su intención, dirigió su lanza á la cabeza de su adversario, lo que, aunque difícil suerte, podía, en caso de éxito, asegurarle el triunfo. El desconocido, cortó el golpe bajando rápidamente la cabeza, mientras que la cólera, que en su pecho hervía, con tal poder secundó sus esfuerzos que el intrépido Don Antonio cayó, no sin que hiciera vacilar en la silla á su contrario, y arrancándole con la punta de la lanza la garzota que adornaba su casco.

La victoria por tanto fué completa y por todas partes se oían vivas exclamaciones de admiración. El incógnito caballero, vencidos todos sus contrarios, recorrió gallardamente el campo de la liza, haciendo á su diestro y dócil caballo ejecutar graciosos aires de equitación. Después se dirigió al frente del trono de la Reina, bajó la punta de la lanza y obligó á su corcel á arrodillarse. Al pasar por delante de Doña Leonor de Aguilar hizo también un afectuoso saludo. Entretanto delicadas manos arrojaban sobre él copiosa lluvia de matizadas cintas, blancos y perfumados guantes, flores y otras prendas de agasajo, como justo tributo al valor y la destreza. Después de haber cumplido con esta muestra de cortesía, sin esperar á recibir el premio del torneo, que tan merecidamente le correspondiera, aplicó la espuelas á su

caballo y desapareció rápidamente de la vista de la satisfecha y admirada multitud.

Fué el incógnito objeto de congeturas para todos; había sobrepujado á cinco campeones que no tenían iguales en la corte de Doña Isabel, y sólo un hombre, quizás, podía ser capaz de acciones tan estremadas; pero se hallaba en aquellos momentos fugitivo, perseguido por la ley, y su presencia en la liza le hubiese puesto en peligro. Sin embargo las extraordinarias proezas del caballero, y la circunstancia de haberse adelantado Don Pedro á responder por él, cuando entró en el circo, no dejaban lugar á la duda de que fuese el ilustre desterrado. Además de que la significativa sonrisa que la Reina dirigió á Don Alonso de Aguilar, cuando saludó á su hija el campeón, y el rubor que cubrió las mejillas de la doncella daban á ver que había sido reconocido indudablemente su futuro.

La marcha de éste proporcionó á los jueces ocasion de adjudicar el principal premio á Don Antonio de Leiva, á quien, segun el juicio por ellos formado, tanto como por la opinion general, era debido en justicia. Seguidamente se hicieron oir los ecos marciales de las músicas; se retiró la Reina seguida de su numeroso y espléndido acompañamiento, y todo el mundo abandonó el circo, completamente satisfecho de los lances del dia; empleando el resto de él en aplaudir y discutir el diverso mérito de los caballeros, que tan cumplidamente les habian entretenido.

(Continuará.)

LA CONFESION.

(FRAGMENTO.)

« Me acuso, padre, de que,
estando juntos un día,
él un beso me pedía,
pero yo se le negué.
Gran enfado le mostré;
mas él siguió en su porfía;
y tanto en ello insistía,
que al fin, padre, le besé ».

« ¡ Nunca besado le hubiera !
que de su aliento al calor
derritióse mi pudor
cual se derrite la cera.
Chispa que encendió una hoguera
fué aquel beso engañador,
y aquel instante de amor
mi felicidad postrera. »

M. HACHE.

TRADICIONES Y CREENCIAS ASTURIANAS.

IV.

Amantes de las viejas labanderas, á las que protegen en las tempestades, son los respetados *nuberos*.

En las crestas de altos montes, cubiertos casi siempre por perpétua nieve y donde se niega vida á toda planta, habitan los rápidos *nuberos*. Pequeños y desproporcionados, tienen los brazos largos y fornidos, el cuerpo estrecho, é indecisa la mirada. Sus vestidos blanquecinos son girones de niebla.

Montados en nubes rojas, precursoras de tempestad, mueven la guerra entre los elementos, irritan al Océano, cargan las nubes de granizo, y, acompañados de truenos y alumbrados por relámpagos, dirigen á su antojo los beneficios y las calamidades.

Ligeros como el viento sobre que flotan, recorren los campos de los buenos labradores, limpian su tierra de insectos dañinos, que depositan en grandes sacos y que, á su vez, arrojan á las heredades de los hombres inhospitalarios, poco caritativos y dominados por la embriaguez.

Suavizan el rigor de las estaciones, segun que los mortales lo merecen, pues aman y premian á los buenos, como castigan y aborrecen á los malos.

Son tambien agradecidos y así lo demuestra este cuento tradicional.

Apenas rayaba el alba cuando un pastor salió para *llindar* sus ganados.

A orillas de un arroyo halló á un *nubero*, maltratado y casi espirando.

Compadecido el buen pastor de tal desgracia, le llevó á su choza, donde le rodeó de asíduos cuidados y le volvió á la vida.

Reconocido el *nubero* duplicó sus rebaños, le trasportó en una nube á la region del fuego, le mostró sus maravillas, le colmó de riquezas y le volvió á depositar en su choza.

Fertilizó sus tierras, le defendió de las tempestades, y el buen pastor alcanzó tranquilo su cuarta generacion.

V.

Gallardo y generoso doncel marcha de la aldea.

Léjos de su patria no volverá á ver á su cariñosa madre, ni á sus hermanos pequeñuelos, ni su florida quintana, ni al amor de sus amores, niña hermosa del pueblo, codicia de galanes, y envidia de las otras jóvenes.

Ella dará buen pago á su constancia, pues por sus amores vela el *moro*.

¿Quién es este ser, protector de los amantes, que anima sus esperanzas, endulza la ausencia, aleja los celos y, escarmentado en su cabeza, hace huir de los corazones la negra ingratitude?

Escuchad la poética relacion, que oí contar en animada *fila*, sentados los oyentes al rededor del *llar*.

Lejos, muy lejos de Asturias, en África, á la falda de una elevada cordillera, en un valle encantador, alzábase un palacio, mansion de delicias, donde habitaba una joven árabe, la más hermosa, de las nacidas bajo aquel ardiente cielo.

De su hermosura prendóse un guerrero, señor de muchos castillos fronterizos.

Y ambos se amaron, y extasiados vieron pasar sobre su cabeza muchas lunas sin apercibirse de sus cambios.

El partió para la hermosa España, en cuya conquista, años hacía que sus hermanos peleaban.

Pero juró por el Profeta, por los siete cielos y por el Koran no olvidar sus amores del alma, á la sultana de su corazon y de sus pensamientos.

Partió, y un ligero navío de blancas velas cortó con su proa las azuladas aguas del estrecho de Gibraltar.

Al fijar su planta en España encontró una tierra que aventajaba en grandeza á aquella donde habia visto por primera vez la luz del dia.

La hermosura de las mujeres cautivó su atencion, y esclavo muy pronto de una bella cristiana, cautiva en una escaramuza, no tardó en olvidar sus juramentos antiguos.

La olvidada mora en vano esperó la vuelta de su amante.

Creyéndole muerto se vistió de luto, y aquel palacio, morada de dichas, le pareció morada de dolor.

Porque le faltaba la luz de sus ojos, el joven guerrero, señor de muchos castillos fronterizos.

Pero tornaron de España algunos soldados, y dijeron que su amante vivía.

Sintió celos, horribles celos; dejó el palacio, cruzó el mar y llegó á la Iberia.

Buscó al olvidadizo amante y le encontró á los pies de una hermosura nazarena.

Tan cruel desengaño mató las ilusiones de su corazon y sintió nacer en su alma, antes pura, el deseo de la venganza.

Siguió como si fuera su sombra á los amantes.

Y cuando en una tarde del otoño los vió deleitarse en el hermoso panorama que se alcanzaba desde la cima de un precipicio, los precipitó consigo en el abismo.

Cuentan que al caer sonó un beso de los amantes, que confundido con el aura, fué gimiendo entre los árboles, que iba despojando de sus hojas.

Desde entonces en las noches claras y apacibles se ven dos blancos fantasmas, que vagan por los montes y colinas, por los valles y llanuras á orillas de los arroyos y de los rios, velando por los amores de las niñas.

¡Ay de la niña infiel! ¡ay del inconstante amante que á pesar de sus juramentos se olvida de su antiguo amor!

¿Qué le pasó al moro? ¿qué á la cristiana?

VI.

El hombre rinde á la naturaleza el tributo con que la vida termina.

En los supremos instantes en que el espíritu formado á semejanza de su Criador, vá á alejarse de la materia, despojándola de fuerza vital; en esos inesplicables momentos llamados agonía, cuenta el sencillo astúr que se aparece la *hueste*, anunciando el ocaso de la vida.

Dan aquel nombre en nuestras montañas á una triste procesion de negros fantasmas, que provistos de velas verdes, cuya llama oscila y chisporrotea, vagan y rondan á las altas horas de la noche por iglesias y cementerios y sobre todo en el fúnebre hogar del moribundo.

Otros afirman que conducen sobre sus hombros el ataúd, el barco, en que segun la bella espresion de un cantor popular, atravesamos el rio que nos separa de la vida eterna. En el ataúd se distingue un bulto que vá tomando la forma y cuerpo del agonizante, segun se aproxima y se realiza su muerte. Entonces principia el cántico triste de la *hueste* y las campanas de la iglesia comienzan á doblar á *muerto* anun-

ciando con su lengua de bronce que un ser ha traspasado los dinteles de la eternidad.

Cuando en lo más risueño de su edad de ilusiones, es una jóven soltera, vírgen y hermosa la que se muere, entonces es otra la *hueste*.

Los fantasmas son blancos y llevan un adornado ataúd con la efigie de la niña vestida de blanco, coronada de flores y con una palma rizada, símbolo de la pureza de su alma. Cuando su último suspiro vuela al cielo acompañado por el llanto de la familia y compañeras, los fantasmas entonan patéticos cantos y días despues suelen adornar con rosas la modesta y sencilla tumba de la vírgen.

¡Temida *hueste*, Dios te aleje de mi querido hogar!

VII.

Tambien los marinos tienen en sus creencias y tradiciones, sus génios protectores.

En las rocas y peñas de la borrascosa costa asturiana, que baña el mar Cantábrico, moran los esbeltos y pequeños *espumeros*.

De simpáticas y bellas formas son notables por su sedosa cabellera, y su nacarada frente aparece frecuentemente coronada por hojas de plantas marinas. En sus manos llevan una sonora concha que, á guisa de instrumento musical, manejan con estremada maestría.

Balanceados por las ondas, los *espumeros* acompañan á las embarcaciones, jugueteando en torno de ellas y con pres-teza y astucia se libran de los remos de las barquillas.

El canto de dolor ó deplacer que el marino exhala en la cubierta del buque es acompañado por las trompas sonoras de los *espumeros*.

Cuando la embarcacion, desapareciendo en lontananza pierde de vista el puerto, el *espumero* lleva hasta los lares del marino su pensamiento y su cancion.

Débiles para resistir la lucha de los elementos, huyen cuando se acerca la tempestad y ellos son los que, convirtiéndose en denso vapor, oscurecen la luna y las estrellas.

Aman á las Nereidas ó ninfas del mar; pero, inconsecuentes como la mujer, suelen tambien codiciar el cariño de las Nayadas, hermosas deidades de los rios, por cuya corriente suben, pero sin alejarse mucho de su querido Océano, pues huyen de las miradas de los vivientes, á escepcion de los marinos, con cuyo trato están familiarizados.

VIII.

Huyen los niños y van á refugiarse al regazo de su querida madre.

Las niñas del pueblo se atemorizan al pasar solas por un parage oscuro. Y hasta los fornidos jóvenes del lugar no se atreverán de seguro á penetrar en la casa donde habita el *trasgo*.

He aquí el ser enigmático, causa del pavor popular.

¿Y qué es el *trasgo*? Un brujo, diablo ó duende (pues no está averiguado todavía) de condicion maligna, susceptible de tomar varias formas, que suele hacer su vivienda en casas deshabitadas, en ruinosos palacios y en abandonados castillos.

Alarma continúa para los vecinos se asegura que sus lugares favoritos son las chimeneas y los desvanes.

A las altas horas de la noche, suelen causar grandes ruidos, que los campesinos interpretan por el arrastrar de cadenas. ¿Qué busca el *trasgo*? «No se averiguó, pero ante todo bueno es tener precaucion,» esclama el vulgo.

IX.

Los diminutos y poéticos *ventolines*, reyes de la noche apacible, son seres sobrenaturales y simpáticos que habitan el histórico país asturiano. Suelos y hermosos, moran por el día en la region del fuego, donde se forjan los rayos, y cuando la noche cubre la tierra con su negro manto tapizado de estrellas, entonces los *ventolines* flotan y vuelan por el espacio siendo fácil distinguirlos á la claridad de la luna, á través de los rayos de ese poético sol de los lobos.

Protectores del sueño, no turbado por espantosas visiones, cuidan de abrir los párpados del labrador cuando la noche espira y se vislumbra el día.

A su dulcísimo canto duermen los niños en la cuna, y una infantil sonrisa se dibuja de continuo en sus lábios, hasta que la madre cariñosa los despierta.

Los *ventolines* son los mensajeros que trasportan suspiros del amante, los que sorprenden el pensamiento del ser amado para llevarlo á la mente del que ama.

Cuando léjos, muy léjos de nosotros, alguna persona que-

rida exhala su postrer suspiro, suena un desconsolado ¡ay! en nuestra ventana, y es el benéfico *ventolin*, que nos avisa de la desgracia.

Los *ventolines* inspiran al bardo las serenatas de amor y cuando de la imaginacion del poeta brota un hermoso canto, son los *ventolines* los autores de sus bellos pensamientos. En lejanos años ellos inspiraron á aquellos trovadores, que en la callada noche cantáran bajo las almenas de los castillos de Pajares y Alba de Oviedo, de Tudela y Gozon, de Priorio, de San Cucado y Coyanka.

Los *ventolines* son los que cantan en la velada de San Juan, mientras las bellísimas *xanas*, bailan y danzan dirigidas por la *xana* mayor ó reina de las *xanas*.

Dios bendiga el hermoso *ventolin*, génio misterioso, caritativo y filantrópico, de quien pudiera cantarse con Villegas al Céfiro.

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del abril florido,
Vital aliento de la madre Vénus;
Céfiro blando;

Si de mis ánsias el amor supiste,
Tú que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y á mi ninfa dile,
Díle que muero.

.....
Así los dioses con amor paterno
Así los cielos con amor benigno,
Nieguen al tiempo que feliz volares
Nieve á la tierra.
.....

X.

Los *familiares* duendes ó diablillos, como temidos, tan amados, tan apasionados como vengativos, son otros de los seres que cuenta la mitología asturiana.

Sus procederes con los hombres es el de éstos para con ellos; se determinan segun aquellos los amen ó maltraten.

F. CANELLA SECADES.

(Concluirá.)

MEYERBEER.

Una gélida noche del año de 1796 hallábanse en Berlin, agrupados al rededor de una chimenea en la cual chisporroteaba alegre llama, cinco individuos de muy diferentes edades. Dos de ellos veían próximo el término de sus años: los otros tres gozaban entonces del albor de la vida.

Beer, rico banquero y sus tres hijos Guillermo, Miguel y Jacobo eran los que en union de *Meyer*, antiguo amigo de la familia aprovechaban el suave calor de la abrasada leña.

Guillermo y Miguel, que debían ser mas adelante astrónomo el primero y poeta dramático el segundo, entreteníanse en aquel momento, en formar en batalla, sobre anchurosa mesa numerosas falanges de soldados de plomo. El banquero y su amigo hablaban de los acontecimientos políticos y Jacobo tecleaba en el piano algunas piezas escogidas de difícil ejecucion. Tenia entonces cinco años.

Poco á poco dejaron los niños de jugar; cesó la conversacion de los ancianos y quedáronse los unos y los otros inmóviles y atentos, como clavados y fascinados por los dulces ecos de una sonata alemana que el infantil pianista magistralmente ejecutaba.

—Quién te ha enseñado esa pieza? preguntóle Meyer admirado, apenas resonó el acorde final.

—Nadie, contestóle el niño; la encontré arrinconada entre los papeles de mi padre y pareciéndome bonita, quise ensayarla.

—*Beer*, exclamó entonces Meyer dirigiéndose al padre del inteligente *repentista*. Desde hoy tu familia puede contar entre sus notabilidades financieras una notabilidad musical.

Algunos meses despues fallecía el bondadoso anciano que tan hermoso porvenir augurára al pequeño músico, dejándole en su testamento toda su fortuna á condicion de que habia de añadir á su apellido paterno el de su amigo y protector. Esta condicion fielmente cumplida salvó del olvido el nombre de Meyer.

No defraudó Giacomo las esperanzas que desde tan tierna edad hiciera concebir, pues cuatro años mas tarde presentóse en un concierto de Berlin alcanzando por primera vez los merecidos aplausos de un público inteligente.

Lauska, Clementi y B. A. Weber, enseñáronle armonía y composicion durante sus primeros años; pero, aunque mucho debe á estos sus mas profundos conocimientos musicales no los adquirió hasta que ingresó en la Academia filarmónica del Abate Vogler, que era uno de los mejores teóricos y quizá el primer organista de Alemania. En dicha Academia tuvo por condiscípulos á Carlos María, Weber, Wenter, Knecht, Ritter, Gaensbacher, etc., de todos los cuales el primero fué, por simpatía y semejanza de inclinaciones, su mas íntimo amigo.

Diez y ocho años contaba, cuando nombrado ya por el Gran duque de Darmstadt compositor, terminó su primera ópera titulada *El voto de Jephthé*, obra escrita ateniéndose estrictamente á las reglas escolásticas. Su estreno en el teatro de Munich (1812) valióle al jóven *maestro* un brillante triunfo.

Animado con los aplausos recogidos y pareciéndole en extremo limitado el horizonte de su patria para que pudiese en él desarrollarse un génio como el suyo, trasladóse á Viena, dispuesto á competir con *Hummel*, célebre profesor que era con justicia celebrado en la capital de Austria. Airoso salió de su competencia; pero si bien como pianista fué aplaudido, no sucedió lo mismo como compositor. Predominaba entonces en Viena el gusto por la música italiana, no es de extrañar por tanto que su ópera *Abimelek*, toda de estilo aleman, sufriese un completo fracaso.

Salieri, veterano en tales lides, animó cuanto pudo al desgraciado autor asegurándole que á pesar de la severidad con que habia sido juzgada su ópera, no carecía esta de mérito y aconsejándole viajase por Italia donde no tardaria en recobrar su primitivo prestigio.

Hízolo así Meyerbeer (1816) y al escuchar las deliciosas melodías del *Tancredo* de Rossini, entusiasmóse tanto con aquel estilo que antes en demasía despreciára, que procuró imitarlo.

Varias óperas nuevas, en las que predominaba la melodía, atrajeron sobre su nombre brillantes coronas de laurel, así en Padua como en Turin, Venecia y Milan.

No debia, empero, continuar su carrera artística sin experimentar nuevos sinsabores. Enfermó en Roma y sin poder terminar su ópera titulada *Almanzor*, regresó á Berlin (1823).

Apenas hubo se restablecido de sus dolencias quiso hacer

oir á su ciudad natal la mas aplaudida de las obras que en Italia compusiera.

La fama por él adquirida, y la influencia que la buena posicion de su familia le aseguraba, vencieron facilmente los obstáculos que la empresa del teatro de Berlin en un principio por timidez oponía; pero así como los gustos de un individuo no suelen ser semejantes á los de otro, de la misma suerte una nacion desecha mas de una vez como cosa de poca valía el objeto de arte ó la obra de ingenio que otra, más en consonancia con la índole artística del autor, entusiasmada admira. En efecto, no bien principiaron las representaciones de *Emma de Resburgo*, estalló sobre ella una estruendosa tempestad de críticas. Meyerbeer fué denunciado por multitud de literatos y compositores como un renegado del estilo tradicional aleman, que en su juventud aprendiera.

El público adoptó la opinion de los perseguidores del *Maestro*, y la empresa del teatro sufrió de resultas del mal éxito de la *Emma* tantos quebrantos, que no se determinó á intentar segunda prueba con la ópera *Il Crociato*, apesar de los triunfos que en todas las capitales mas importantes de Europa, en aquella época, á Meyerbeer proporcionaba.

Weber, que era entonces Maestro de Capilla y director del teatro de Dresde, convino en todo con los críticos y creyó hacer un señalado servicio á su amigo y condiscípulo, presentando de nuevo en el teatro aleman su antigua ópera *Abimelek*, al mismo tiempo que se ejecutaba *Emma* en el italiano. Escribió, además, muchos artículos lamentando el cambio de estilo que adoptara Jacobo y procuró reconciliar al público con sus primeras óperas y convencer á su amigo que debía retroceder á su primer y superior estilo.

Los resultados no correspondieron á los deseos de Weber; pero debemos hacer constar en honor suyo, que no por haber desaprobado las óperas italianas de Meyerbeer, dejó de trabajar, hasta donde alcanzaron sus fuerzas, para que se oyesen en Dresde, con toda la perfeccion de que son susceptibles las obras humanas.

Meyerbeer se casó en 1827 y tuvo dos hijos que fallecieron á los pocos meses de nacidos. Estas desgracias le entristecieron de tal modo que durante dos años vivió en completa soledad, dedicado á componer obras musicales de carácter religioso. Las mas notables de ellas son las tituladas *Miserere*, *Stabat-Mater* y *Te deum*.

Beneficioso para los aficionados á la buena música fué sin duda el influjo que las reflexiones del retiro ejercieron en el modo de componer del ilustre maestro. Habia fluctuado hasta entonces entre el armonioso pero seco estilo de Alemania y

el dulce y sencillo de la ardiente Italia; mas cuando al aparecer de nuevo, en las lides filarmónicas, presentó á la crítica parisiense su gran ópera *Roberto el Diablo*, amigos y enemigos, seducidos por la novedad de su rica instrumentación y halagadoras melodías, no pudieron menos de aplaudir unánimes el nuevo estilo de Meyerbeer, estilo que puede calificarse de europeo pues en él se funden el alemán y el italiano, el religioso y el dramático, de un modo original, de un modo mágico que tiene el privilegio de subyugar los gustos de todas las naciones.

A la grandiosa ópera *Roberto el diávolo*, sucedieron con intervalo de algunos años otras varias no menos notables.

Para mayor claridad y exactitud damos á continuación la lista de todas las que Meyerbeer dejó terminadas y la de los años y ciudades en que se estrenaron.

Munich,	1812—1. ^a	ópera.	<i>El voto de Jepte.</i>
Viena,	1813—2. ^a	»	<i>Los amores de Tecelinda.</i>
»	» —3. ^a	»	<i>Abimelek ó los dos califas.</i>
Padua,	1818—4. ^a	»	<i>Romilda y Costanza.</i>
Turin,	1819—5. ^a	»	<i>Semiramide riconosciuta.</i>
Venecia,	1820—6. ^a	»	<i>Emma de Resburgo,</i>
»	» —7. ^a	»	<i>Margarita d' Anjou.</i>
»	1822—8. ^a	»	<i>El desterrado de Granada.</i>
»	1824—9. ^a	»	<i>Il Crociato.</i>
París,	1831—10	»	<i>Roberto el diablo.</i>
»	1836—11	»	<i>Los Hugonotes.</i>
Berlin,	1844—12	»	<i>El campo de Elena.</i>
»	1846—13	»	<i>Struensee.</i>
Londres,	1848—16	»	<i>El profeta.</i>
París,	1854—15	»	<i>La estrella del Norte.</i>
»	1859—16	»	<i>Dinorah.</i>
»	1865—17	»	<i>La africana.</i>

La Africana, última de las admirables obras de Meyerbeer, se estrenó despues del fallecimiento de su autor.

El inspirado maestro, nacido en Berlin el día 5 de Setiembre de 1791, espiró en París á los 72 años de edad, el 2 de Mayo de 1864 y fué enterrado en la capital de Prusia el 7 del mismo mes.

Sería mucho atrevimiento en nosotros querer señalar los defectos que, en las diez y siete óperas mencionadas, algunos críticos envidiosos ó descontentadizos, encuentran.

Bastará para terminar este ligero bosquejo biográfico indicar que son tantas las bellezas que en todas y especialmen-

te en *Roberto*, *Los Hugonotes*, *Dinorah* y *la Africana* se atraen el ánimo del auditorio, que conceptuamos inútil y mezquino fatigarnos en buscar en ellas faltas.

Las obras de los géneos no se juzgan, se admiran.

TOMÁS FERNANDEZ DE CASTRO.

1875.

NUBES.

I.

Esa nube vaporosa
riente en el firmamento
ha nacido en el aliento
de tu boca perla y rosa.

II.

Y esa otra nube sombría
tristeza de los albores
se ha formado en los dolores
y en la hiel del alma mía.

ALBINO A. MADRAZO.

SECCION BIBLIOGRAFICA.

PÁGINAS SIN NOMBRE.—Coleccion de poesías de Ricardo Oláran.—Santander.—Imprenta de Solinis y Cimiano. 1877.

La poesía, ese arte mágico, reflejo vivo del adelanto y cultura de los pueblos, centinela avanzado de todas las civilizaciones, ha cantado en los mil variados tonos de la armonía, las hazañas de los héroes y los guerreros, la vida tranquila y pacífica del campo, las bellezas de la naturaleza y los dulces sueños de puro amor, produciendo génius brillantes de cuyas sonoras arpas se exhalaban notas sublimes, que nos transmitieron con Virgilio el sabor clásico de los buenos tiempos de Roma y con el Dante el espíritu religioso y caballeresco de la Edad media; pendientes de ella están los siglos y no cabiendo su ambicion en lo creado, vuela por inmensas regiones, fabrica mundos nuevos, embellece mansiones encantadas y las puebla de seres venturosos; habla cautivando el oído con su armonioso sonido; pinta con maravillosos colores; describe con seductoras y ricas imágenes; todo de ella recibe vida y movimiento; todo lo personifica; la hermosura, la sabiduría y el poder, están representados por Vénus, Minerva y Júpiter; Eco no es ya un sonido vago, sinó una ninfa que se queja de su desdenoso amante, y en fin, los placeres, las ilusiones, las engañadoras esperanzas y esos ayes de dolor y raptos de alegría que se escapan del alma, son otros tantos surtidores donde encuentra ancho campo y espacioso á su vuelo.

Páginas sin nombre, libro que acaba de dar á luz nuestro paisano y simpático amigo D. Ricardo Oláran, encierra preciosas composiciones que inspiró el entusiasmo por el recuerdo de otros tiempos y otras edades, la candente lágrima que abrasa pálida mejilla ajada por el dolor, la vista de la débil y ligera barquilla surcando las ondas y volviendo al puerto como blanca gabiota, el profundo sentimiento del co-

razon de un padre que vive y se recrea con el recuerdo del hijo, que ángel voló á adornar la corona de Dios, las luchas y venganzas de antiguos nobles mal contenidos por el poder real, y cuántos asuntos han sido dignos de llamar la atencion del poeta: ya era éste bien conocido entre los amantes de las letras montañesas, desde la publicacion de un tomo de lindas poesías que con la colaboracion del no ménos conocido y elegante poeta Sr. Plasencia, vió la luz en esta capital hace algunos años, y justos y merecidos elogios recogió entonces de los que no se ha hecho ahora ménos digno, viniendo con ambos libros á probar que en la lista de nuestros escritores de valía hay que añadir el nombre del autor de *Páginas*.

En la imposibilidad de ir una por una enumerando las bellezas de cada composicion, por no permitirlo la índole ni la estension de este trabajo, citarémos unicamente las que han cautivado más nuestra atencion por su forma ó por el sentimiento que las ha inspirado.

Las golondrinas, es una preciosa poesía, llena de sencillez y de ternura, en que el poeta canta á ese pájaro viajero de instinto maravilloso, que sólo aparece en nuestros campos y nuestras casas como nuncio y precursor del fecundante estío; la *Barca*, abunda en bellezas de todo género y en facilidad y gusto esquisito; *El muy magnífico señor Ferran Gonzalez de Cossío*, es una leyenda montañesa, en que los caracteres de los personajes á que se refiere se hallan con vigoroso estilo delineados y marcada la época en la construccion del romance, de manera, que colocado éste entre los buenos del antiguo Romancero, no desmerecería en nada de ellos, particularmente en su tercera parte, ni en belleza, ni en sabor clásico, como lo demuestran entre otros los siguientes versos que pone en boca de Cossío, dirigiéndose al rey:

Mi señor, que ya de serlo
no quisiera que dudárais,
pues yo des que ví la luz
de tal honra blasonaba:
no por elevado el trono
de los reyes, libre se halla
el príncipe que le ocupa
de que se acerque la infamia
á torcer rectas conciencias
y á nublár preciosas almas

.
.
.

Y hay cortesanos reptiles

y reptiles cortesanas
que ántes alientan los ódios
contra aquel á quien engañan
que cariño le procuren;
y así el que deben les falta.

A sus amigos Celia y Angel, en la muerte de su madre,
es una verdadera poesía del dolor; no aconseja el poeta únicamente la resignación; les pide dolor y lágrimas, recuerdo eterno, inmenso cariño y les dice:

Id, volad á su tumba, entre sollozos
recordarla, llorad y bendecidla.
Cuanto teneis es de ella.... hasta las lágrimas;
pues á las suyas las debeis la vida.

Otra porción de composiciones, llenas de ternura y sentimiento y envueltas en lágrimas, dedica el poeta á la memoria de su hijo, perdido en flor, tierno capullo arrancado al amor de sus amantes padres; *Flor de un día*; *El dolor de los dolores*; *Lágrimas*; *Sonando*, son otras tantas flores depositadas sobre la tumba del hijo querido, arrancadas del corazón en momentos de triste recuerdo y desengaño desconso-
lador.

Páginas sin nombre es un libro de que no debe carecer un montañés que sea amante de nuestra literatura, y si para merecer el nombre de poeta, se necesita abundar en ideas é invenciones ingeniosas; prestar á la materia formas y propiedades sensibles por medio de una rica y seductora imaginación; poseer un oído delicado para el número y la armonía y saber comunicar á los demás las conmociones y sentimientos que el mismo experimenta, el Sr. Oláran puede vanagloriarse de haberlo conseguido con su libro, por el que le damos la enhorabuena en nuestro nombre y en el de los amantes de las letras montañesas.

E. F.

FLORENTINO DE GARGOLLO.

SANTANDER.—Muelle, 31.

ASEGURADOR MARITIMO

Y

CONTRA INCENDIOS.

Agente de la Compañía Anónima de Seguros Marítimos

LA REUNION

y de sus cooperantes en España

La Centrale. *Le Triton.*

La C.^a de Paris. *La Maritime.*

Le Pilote. *L'Universelle,*

domiciliadas todas en París.

Capital 18.000.000 frs.

Director particular en España de la Compañía francesa de Seguros contra incendios y sobre la vida

EL MUNDO,

autorizada por decreto de 11 de Abril de 1864.

Domiciliada en París,

RUE DU QUATRE SEPTEMBRE, 12.

Capital 10.000.000 frs.

Depósito de piedras de molino de la Ferté St. Jouarre.

Representacion de varias otras sociedades extranjeras.

Comisiones y consignaciones.

REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA.

(CONTINUACION DE LA TERTULIA.)

Se publica en Santander los días 5 y 20 de cada mes, en cuadernos de 32 páginas, al precio de 12 reales trimestre.

Se suscribe en su Administración, calle del Arcillero, número 1, piso 1.º y en las principales librerías de Asturias.



(PRIMERA ÉPOCA.)

COLECCION

de artículos humorísticos, pensamientos poéticos, charadas,
dobles enigmas, acertijos, logogrífos, rompe-cabezas

POR

VARIOS INGENIOS MONTAÑESES.

Forma un tomo en 8.º de más de 400 páginas, y se halla de venta en la Administración de la REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA al precio de 5 pesetas.

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Forma un tomo en 4.º de 768 páginas, y se halla de venta al precio de 12 pesetas en la Administración de la REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA.

